

## INSTAURACIÓN DEL AULA “CARLOS DE LA ISLA VERAZA PROFESOR EMÉRITO (1971-2016)”

---

*Sr. Rector, doctor Arturo Fernández*

¡Muy buenos días tengan todos ustedes!

Muy querido doctor Carlos de la Isla.

Muy queridos miembros de la comunidad del Instituto, familiares y amigos del doctor De la Isla:

Me siento muy, muy emocionado, doctor De la Isla, de estar aquí esta mañana en la ceremonia de develación de la placa en su honor. Como ustedes saben, el doctor De la Isla ha recibido múltiples homenajes de cariño y de reconocimiento de esta institución. Primero, cuando fue designado como Profesor Emérito del Instituto, los estudiantes del ITAM le hicieron varios homenajes, así como los profesores. En esta ocasión nos toca develar esta placa en su honor. Me siento muy emocionado, no solo como Rector, sino también como exalumno del profesor De la Isla. Tuve la fortuna de ser su alumno en el curso *Problemas de la Civilización Contemporánea I* durante mi primer semestre en el ITAM, allá por septiembre de 1972. Desde el primer día que tomé clases con el doctor De la Isla quedé profundamente impresionado por su recia personalidad y su vasta cultura, también por su enhiesta figura, su impecable peinado y vestido, sus recias facciones que contrastan con una mirada dulce y penetrante, su temperamento flemáticamente anglosajón, casi victoriano; todo ello aunado a su impecable retórica rica en oraciones cortas pero tajantes, cortantes, fulminantes, con exquisitas citas,

## INSTAURACIÓN DEL AULA

producto de constantes lecturas, estudios y reflexiones, que me hicieron preguntarme una y otra vez sobre el origen de tan distinguido profesor. ¿De dónde salió este profesor De la Isla? ¿Se trataría de una reencarnación de un hombre de la Antigüedad, de la Edad Media o del Renacimiento? ¿O era simplemente un hombre de nuestro tiempo? Como hombre de la Antigüedad, pensé que había sido intelectualmente educado en la Grecia antigua por maestros como Platón y Aristóteles, pero forjado física y moralmente en Esparta. Si se tratara de un hombre de la Edad Media, probablemente habría sido un monje escolástico, discípulo de Tomás de Aquino, pero a la vez también un caballero armado de las Cruzadas, por su espíritu crítico y su talante combativo. Por su vasta cultura, también podría tratarse de un hombre del Renacimiento. A esta confusión de quién era el doctor De la Isla y a todas estas especulaciones, se añadía la de su conocimiento, preocupación y pasión por el presente y futuro de la civilización contemporánea, que me sugería que se trataba de un hombre de nuestro tiempo. Finalmente, comprendí que Carlos de la Isla, como todos aquellos hombres y mujeres con una formación clásica en las humanidades y que asumen una responsabilidad y compromiso con la humanidad como con el destino de la civilización, era en realidad hombre de todos los tiempos, heredero de esta civilización occidental, que asume una responsabilidad por su destino. El doctor De la Isla es, en este sentido, un hombre de todos los tiempos.

88

Su pasión por el destino de nuestra civilización, por la justicia, por la libertad, es manifiesta y contundente en cada sesión de clase. Su vehemencia en contra de la deshumanización de la civilización moderna y de sus consecuencias, es memorable. Su figura erguida, su impecable arreglo y su fino tacto como manifestación de su lenguaje corporal nos transmitían valores como la rectitud, la honradez y la compasión. Bien decía Aristóteles que los modales son un espejo del alma, de su alma doctor De la Isla.

Como exalumno, conservo de usted los más gratos recuerdos y sobre todo sus enseñanzas, explícitas e implícitas, y le guardo un gran cariño y afecto.

Como Rector, me siento complacido, muy complacido de que usted forme parte de nuestra facultad, ha sido un honor y un privilegio para esta institución.

Para nuestro instituto también es un orgullo que con su generosa y brillante labor en las aulas, en su cubículo, en los seminarios y conferencias, haya contribuido a transmitir sus conocimientos, a compartir sus reflexiones y sobre todo a guiar con su mayéutica mano el despertar intelectual de nuestros jóvenes estudiantes en el camino, en su camino, para adquirir un pensamiento propio y una conciencia crítica y de responsabilidad en la conducción de su propia vida y la de su actividad profesional y ciudadana.

Como parte del triunvirato de Estudios Generales, allá en la década de 1970 con José Ramón Benito y Ramón Zorrilla (q.e.p.d.), usted, doctor De la Isla, contribuyó a configurar una parte importante de la filosofía educativa y de los objetivos institucionales del ITAM. El énfasis que usted siempre ha hecho en los aspectos formativos e integrales de la educación que se imparte en nuestro Instituto, es un claro triunfo y un acierto suyo y del grupo fundador de este Departamento de Estudios Generales.

Por su vocación genuina y protagónica hacia la educación de los jóvenes, por su espíritu crítico y por ser un estudioso incansable, un hombre reflexivo y preocupado por el presente y por el futuro del país y de la humanidad, el doctor De la Isla es, sin duda, un hombre que debe inspirar a nuestra joven facultad. Y desde luego, privilegiar a nuestros muy queridos jóvenes. Con sus modales y con su sobriedad también nos ha enseñado que la influencia y el ejemplo son parte de la responsabilidad formativa del verdadero maestro. La placa que esta mañana develamos en un salón de Estudios Generales será un testimonio perdurable de sus contribuciones al instituto. A Carlos de la Isla le auguramos una influencia inmortal de esfuerzo formativo en el mismo sentido en que Henry Adams se refiere a los verdaderos maestros como aquellos “que inciden hasta la eternidad y nunca pueden percibir hasta donde llegará su influencia”. En efecto, un hombre o mujer bien educado y formado que se dedica a la educación, a la enseñanza, desparrama sus acciones, sus influencias a múltiples generaciones de descendientes y de allegados. Para el ITAM, doctor De la Isla, es un honor y una obligación moral el concederle esta distinción de reconocer con su nombre a un aula del instituto. Es un bien merecido y bien ganado reconocimiento por todo el trabajo que usted ha desarrollado a favor del Instituto, a favor de la educación de miles de jóvenes que han pasado por el ITAM.

## INSTAURACIÓN DEL AULA

Doctor De la Isla, un abrazo entrañable y muy cariñoso, de mucho afecto y cariño hacia usted, realmente estamos muy agradecidos y reconocidos, es usted para nosotros un ídolo.

Muchas gracias.

***Sr. Vicerrector, Dr. Alejandro Hernández***

Muy buenos días:

Queridísimo Dr. de la Isla, ¡qué alegría estar aquí con usted esta mañana!

Bueno, ¡cuarenta y cinco años!

Ha pasado todo, profesor, desde entonces. Algunas cosas cambian, otras perduran; y entre las cosas que han perdurado, creo que hay dos aspectos geniales de quienes construyeron esta institución: uno es el modelo de educación interdisciplinaria, multidisciplinaria del ITAM, basado principalmente en el Departamento de Estudios Generales, y el otro elemento fundamental ha sido el procurar una educación superior basada en una facultad capaz de inspirar a los estudiantes. Creo que no hay persona que mejor represente esos dos ideales que usted, doctor De la Isla.

Realmente es un momento muy emocionante, perdón que se me quiebre un poco la voz, pero para mí lo es especialmente.

Esta institución nos ha dado muchas cosas a todos y sin duda, para casi todos los que estamos aquí, una de ellas ha sido la oportunidad de haber sido estudiante de usted, doctor De la Isla. Yo no tuve la fortuna de haber tomado cursos con usted en mi primer semestre, pues el sistema no me los asignó, como a muchos de mis compañeros economistas de aquellos años. Pero era muy claro lo que teníamos que hacer en segundo semestre: *Problemas II* con el profesor De la Isla y después veríamos cómo encajaba el resto del horario. Y había que llegar temprano a las “pajareras” porque se acababan los papelitos; pero yo sí obtuve un papelito y estuve en *Ideas II* con usted. Y como estudiante inquieto y desenfocado, debo decir que llegaba muchas veces al salón de clases

sin haber leído del todo. En aquellos años, el Departamento de Estudios Generales era menos exigente de lo que es ahora, y en esas condiciones, desde luego era preferible soportar el ridículo de balbucear dos o tres tonterías por no haber leído adecuadamente, que perderse una clase del doctor De la Isla. Eran clases que nos desafiaban desde el principio, en las que escuchábamos posiciones y puntos de vista ajenos para muchos de nosotros, pero que finalmente los escuchábamos de un hombre ejemplar, con una capacidad de oratoria inimaginable, un hombre que vivía fiel a sus ideas, peleando siempre por la justicia y la libertad, y que tuvo un impacto increíble sobre nosotros y sobre muchísima gente. Me atrevo a hacer una predicción de hecho: yo estoy seguro de que si hoy hiciéramos una encuesta entre los 18 000 titulados del ITAM y algunos otros que no han tenido título, y les pidiéramos que nos dieran el nombre de los tres profesores que más influyeron en su vida, estoy seguro de que el número uno sería Carlos de la Isla, lo estoy.

El ITAM nos da tantas cosas, y quizá en ese sentido para mí es este momento también emotivo, pues como decimos nuestras comunidades de exalumnos, el ITAM es donde construimos amistades que perduran. Yo tuve la fortuna de conocer aquí y haber construido una amistad de más de cuatro décadas con Francisco de la Isla, y por lo tanto, la oportunidad de conocer a la familia De la Isla, de ser su amigo, conocer otros aspectos de ella, así que no quiero dejar pasar la oportunidad de celebrar este momento con Katherine, con Carlos, con Katy, con Eduardo, con David (que no está aquí) y desde luego con mi flaco. Es un enorme gusto que hoy sea motivo de grandes alegrías. Deberíamos estar celebrando con un Jameson o al menos con una Guinness, pero ya lo haremos más adelante.

Debo decirles también que no todo es perfecto en la vida. Después de haber sido un estudiante mediano, por decirlo en el mejor de los casos, de *Problemas II*, poco después del curso y de haber convivido a lo largo del semestre con el doctor De la Isla en su oficina, recuerdo la primera vez que tuve la dicha de ir al antiguo departamento de Frontera de la familia De la Isla, un domingo por la tarde después del cine, muy preocupado porque me iba a topar con el profesor. ¡Y cuál fue mi sorpresa

## INSTAURACIÓN DEL AULA

al encontrarlo afuera en pants, lavando su coche! Todavía es una imagen que me persigue en las noches, debo decírselos. Para terminar, porque sé que hay mucha gente que quiere expresarle su cariño, quiero decirle que la develación de una placa es un acto simbólico, significativo. Pero la verdad es que también es innecesario. Usted está en nuestro corazón, estará siempre y las generaciones futuras, cuando nosotros ya no estemos, siempre leerán y escucharán del doctor De la Isla como ese mítico personaje que creó tantas cosas positivas en nuestra institución. Muchísimas gracias, no queda más que agradecerle de todo corazón. Muchas gracias.

### ***Mtra. Lydia López***

Buenos días.

Distinguidas autoridades del ITAM, distinguido doctor De la Isla, comunidad universitaria, familiares y amigos:

Hace unos cuantos días, en el marco de los festejos por los primeros 70 años del ITAM, leía en la revista *Estudios* el editorial firmado por Carlos Mc Cadden y Miguel del Castillo, en el que se menciona que el ITAM es heredero de la tradición educativa que pone en el centro al ser humano, que en esta institución los alumnos adquieren conocimientos que les permiten tener una conciencia lúcida de sus actos y que el ITAM pone a la mano lo mejor de lo que se ha pensado y expresado en la historia de la humanidad. En ese momento pensé en mi maestro Carlos de la Isla.

¿Quién sino él tiene la autoridad moral para ser el más digno agente transmisor de estos valores humanos? Son muchas las generaciones de estudiantes que hemos recibido esta herencia invaluable en sus clases inolvidables, a través de sus ensayos, de sus libros, de sus conferencias, además de sus profundos y sólidos conocimientos, de su vasta cultura y de ser experto en cuestiones educativas.

El ejemplo cotidiano es el más elocuente de los discursos. Es conocido y admirado por todos por su amplio sentido de responsabilidad hacia la

comunidad y su compromiso con la educación superior de excelencia. En su persona se realizan cabalmente los más altos ideales del maestro, del mexicano, del ser humano universal.

Yo tuve la fortuna de ser su alumna en los cursos de *Problemas de la Ciencia y la Técnica I* y en *Ideas III*. Fue una experiencia que me marcó para siempre, pues yo estudiaba la carrera de matemáticas aplicadas, pero a partir de entonces, me interesaron cada vez más las humanidades. Realicé algunos estudios en esta área y, en la actualidad, además de ser maestra en el Departamento de Matemáticas, también imparto el curso de *Ideas I* y *Problemas I*, y esto me llena de orgullo y de felicidad.

En innumerables ocasiones, y ya como profesora del ITAM, me he enfrentado a situaciones en las que las enseñanzas de mi maestro me han ayudado a salir adelante. Recuerdo siempre su elegancia, su caminar pausado, la atención que brinda a sus alumnos sin prisas ni distracciones, la paciencia y el interés con que escucha a todos, y luego viene lo mejor: la reflexión inteligente, valiente y honesta, primigenia y actual. Su voz es la voz de la experiencia en un diálogo siempre vigente por su capacidad transformadora a lo largo de muchos años de trabajo constante y dedicado. ¡Cuánto seguimos aprendiendo de usted, querido profesor!

Vivimos tiempos de grandes transformaciones: El panorama mundial y en particular el de México nos enfrenta a grandes retos. Como universitarios, el doctor De la Isla nos ha enseñado —y nos lo recuerda siempre— que el compromiso de la universidad con la sociedad es el de la formación de hombres y mujeres capaces de construir un mercado en el que el valor de las personas está por encima del monetario.

Es primordial forjar en los estudiantes una clara y fuerte conciencia de responsabilidad social comprometida con la justicia, así como una conciencia ética de la importancia de la educación. La tarea no es fácil, pero afortunadamente tenemos entre nosotros a personas como Carlos de la Isla, el caballero de la ética, que con su labor y con su ejemplo nos ha señalado el camino y nos inspira a seguir adelante en esta apasionante actividad de ser maestros, de ser maestros del ITAM. Muchas gracias.

## ***Rosalía Calzada***

Buenos días.

Dr. Arturo Fernández, Rector,  
Dr. Alejandro Hernández, Vicerrector,  
Maestro José Ramón Benito Alzaga,  
Estimados profesores de la facultad del ITAM,  
Alumnos y exalumnos,  
Distinguidos invitados,  
Muy querido don Carlos de la Isla:

Es para mí un gran honor y privilegio poder expresarle y compartir con todos los presentes el orgullo y satisfacción que tengo por haberlo apoyado siempre con gran gusto e interés.

Quiero decirle que usted es un gran pilar para el ITAM y lo seguirá siendo, ya que sus enseñanzas en las aulas a muchas generaciones de alumnos, incluidos dos de mis hijos, han dejado una huella indeleble, que estoy segura ha contribuido, como usted ha dicho acertadamente en sus reflexiones, a un México más justo, más próspero y más libre.

Antes del inicio de cada semestre escucho invariablemente a los alumnos, cuando se acercan a las vitrinas y preparan sus horarios, comentar entre ellos: “inscríbete con el doctor Carlos de la Isla, porque quien no toma clase con él, no estudió en el ITAM”.

Confirman lo anterior las listas de espera en servicios escolares, porque cada semestre muchos alumnos se quedaban sin la autorización para el sobrecupo, debido a que los grupos del profesor De la Isla habían llegado al número académicamente permitido.

A partir de hoy, esta aula llevará su nombre grabado, pero más importante aún: ¡sus alumnos y exalumnos llevan consigo grabadas por siempre sus valiosas enseñanzas!

Muchísimas gracias, doctor Carlos de la Isla, por compartir incondicionalmente su gran sabiduría y experiencias, por su atención, su respeto y sobre todo su calidad humana que hicieron de usted un gran maestro para el ITAM.

Felicito al ITAM por permitir que en su historia académica quede plasmada la invaluable enseñanza de su saber.

Felicito a su esposa, a sus hijos, nietos y familia por contar en ella con una persona de excelencia como lo es usted.

Gracias al ITAM y muchas gracias a usted por su confianza. Siempre, con todo respeto, lo recordaré con gran afecto, admiración y un cariño muy especial. Gracias.

### ***Mtro. José Ramón Benito***

Nobleza obliga.

Gratitud y nobleza son dos grandes cualidades humanas.

La gratitud que reconoce la nobleza y se expresa ante ella es una digna acción que debe ser exaltada.

Cuando esta digna acción la lleva a cabo una institución, habla de su calidad y deber ser objeto a la vez de encomio y reconocimiento.

Estamos, pues, en una celebración de gran calidad humana de quien es objeto de este reconocimiento y de quien lo realiza.

Calidad humana que se manifiesta en este acto de gratitud, de reconocimiento, pero además, de gratitud que desea ser perpetuada, que no quiere quedarse en palabras, ya de considerable valor, sino que quiere mantenerse y continuar presente, en una presencia que conmemora y que se mantiene ante generaciones que se van sucediendo y que a través de esa presencia, mantiene presente a quien merece tal expresión de gratitud.

La merece por su extraordinaria nobleza, por múltiples títulos, pero ante todo, como define esta cualidad el diccionario, por su magnanimidad y sus sentimientos elevados.

Gran caballero, fuera de serie, pensador de enorme alcance y profundidad, autor fuerte y de elegante pluma, crítico valiente y sin concesiones por su fidelidad a la verdad y al bien.

Promotor y defensor de la ética como saber, pero sobre todo como praxis. Voz inquebrantable de la justicia y de la dignidad humana, ciudadano y creyente de una pieza, hombre generoso a carta cabal. La lista podría continuar, pero quiero detenerme en considerar una de esas cualidades: su generosidad.

## INSTAURACIÓN DEL AULA

Es una generosidad de la que he sido privilegiado en múltiples ocasiones, pero que quiero recordar los primeros tiempos en que tuve la fortuna de conocerlo, cuando al regresar de varias universidades de gran prestigio en Europa comenzó a impartir clases en la Universidad Iberoamericana, al tiempo en que yo comenzaba ahí mis estudios en la recién fundada carrera de Ciencias de la Comunicación.

He de destacar que el tiempo no parecía correr para él: yo, abusando de su saber y de su paciencia, al término de la clase, me aprovechaba reteniéndolo con preguntas y más preguntas. Hay que hacer notar que eso era después de la última hora de clase, en la noche... de un largo día, que él había comenzado desde temprano. A esa hora tenía todo el tiempo para lo que yo quisiera pedirle. A lo largo de los años, en diversas ocasiones y formas he disfrutado de ese beneficio.

Otro botón de muestra de entre los casos que he sabido, es el de un joven, inquieto estudiante, a quien le obsequiaba su tiempo con clases particulares de latín y creo que también de griego.

He querido simplemente hacer “un esbozo de un esbozo” de una personalidad multifacética y que tiene un atractivo tal, que es objeto de un aprecio tan singular que algún estudiante ha dicho que magnetiza; en todo caso, de alguien ante quien no se puede pasar indiferente.

Sé, por lo que he venido diciendo, que si ustedes no supieran de antemano su nombre, ya lo habrían adivinado.

Para mantener su presencia entre nosotros y también para los que no hayan tenido el privilegio de conocerlo y tratarlo, el ITAM, noble institución, ha querido dedicar un salón y fijar su nombre en “bronce”, con la firmeza de un metal, firmeza con la que él ha querido contribuir a forjar el carácter, el *ethos* de sus alumnos, inteligencia y voluntad, y contribuir a forjar así el ser de una institución universitaria, la cual con este acto quiere decirle que su afán, su pasión, su entrega, no han sido en vano.

Él, promotor de utopías, que no de ilusiones, confía y se empeña en que estas se conviertan en ideales históricos, por los que vale la pena dar la vida.

## ***Mtro. Patricio Sepúlveda***

Buenos días.

Señor Rector, Señor Vicerrector, compañeros, compañeras, jóvenes y niños:

Estoy aquí disfrutando de un honor que no merezco, pero que asumo como si lo mereciera. Su amigo, doctor De la Isla, admirador y en muchos sentidos su discípulo, intentando poder decir en breves palabras, la gigantesca obra que usted ha construido y todo lo que yo le debo.

Diré, en primer lugar, que por sobre todas las cosas el doctor De la Isla ha sido un formador de mujeres y hombres con sed de saber, un profesor en toda la extensión de la palabra, un educador de generaciones, que ha contribuido a hacer del ITAM una comunidad que piensa y se compromete con un México más libre, más justo y más próspero. Las tareas de nuestra institución son las tareas de nuestro Departamento Académico de Estudios Generales y a él me incorporé hace ya un poco más de veintiocho años.

Fue Rodolfo Vázquez el primer culpable de que esto pasara, quien me propuso dar el curso de *Problemas de la Civilización Contemporánea* en el ya lejano año de 1988. Muy rápidamente descubrí que aquello era lo que quería hacer desde hacía mucho tiempo. Como si pudiera interpretar mis deseos, en la primera comida del día del maestro a la que asistí, el doctor De la Isla, en ese momento jefe del Departamento, me preguntó si me gustaría ser profesor de medio tiempo. En ese momento dije que no, por razones que no vienen al caso, pero poco después le pedí una cita y en su cubículo le pregunté si seguía en pie la proposición. Era noviembre y me respondió que en enero contara con el medio tiempo.

Estoy aquí, hablando en este reconocimiento a nuestro doctor De la Isla, ¡por su culpa!, ya que después de pasar en el ITAM un año sabático, me preguntó si acaso me moría de ganas por volver a la Universidad Pedagógica. “¿Por qué?”, le pregunté y me respondió: “Para que se quede con nosotros”.

Desde ese día he dicho sin pudor que cualquier queja o reclamo que se tenga que hacer a mi desempeño, ¡se deben dirigir a Carlos de la Isla, a reclamar su mala elección!

Este hecho cambió mi vida y la de mi familia de una manera maravillosa. Mi hija Paula estudió su licenciatura aquí, y he recibido más de lo que he podido dar en todos estos años. Además, y me permito en este momento una licencia, citando parte de la letra de un tango titulado *Cafetín de Buenos Aires*, que dice: “me diste en oro un puñado de amigos / que son los mismos que alientan mis horas”. Unos están aquí, otros ya se fueron: Milagros Mier, Alberto Sauret, Julián Meza...

No solamente hay amigos de mi Departamento. Está mi amigo Silvano Espíndola, no veo a Isaac Katz (aunque les parezca raro soy amigo de Isaac Katz).

Aquí, en este ITAM amado, como usted, doctor De la Isla, aprendí a vivir de otra manera, más tolerante pero no claudicante. Ese es su ejemplo, con su generoso trato y al mismo tiempo, sin concesiones en cuanto al rigor académico y al cumplimiento de todas las tareas, que le confieso han sido tan gratas durante este poco más de cuarto de siglo que tengo en el ITAM. ¡Gracias doctor De la Isla!, he crecido con usted. No tuve la fortuna de ser su alumno, pero en las nada fáciles reuniones de Departamento, en las discusiones sobre los cambios en los programas, en las revisiones de las lecturas desde el contenido hasta su extensión, en conversaciones en los pasillos donde siempre nos encontrábamos y más de una vez le dije que cuando yo iba usted ya venía, en todos nuestros encuentros su generosa conversación, su indignación contra toda injusticia, ayudaron a una constante mía de disidencia permanente.

Vivimos en tiempos oscuros, dice un poema de Bertolt Brecht. En una sociedad en que el consumo, el éxito por el éxito y el dinero por el dinero son los imperativos categóricos, resulta difícil permanecer fiel a principios éticos, sociales y de equidad e igualdad. Usted, profesor De la Isla, es uno de esos pocos hombres que han logrado llevar una vida de fidelidad a principios.

Mi abuela decía que había quienes nacían con estrella y otros que nacían estrellados, y agregaba que su nieto, yo, había nacido con estrella. De otra manera, Usted me ha dicho algo parecido, que yo soy un ateo al que Dios lo quiere mucho. Y así debe ser, doctor De la Isla: tuve la fortuna de conocerlo y en todos estos años recibí de usted apoyo, reco-

nocimiento y afecto. En momentos difíciles, los más dolorosos de mi vida, usted supo expresar las palabras justas para el consuelo.

Lamento que mi vocabulario no pueda alcanzar el nivel de lo que siento por usted. Sigo pensando como en el momento en que fue nombrado Profesor Emérito y parafraseé la referencia de Fidel Castro en la Plaza de la Revolución, en La Habana, en el homenaje a Ernesto Guevara el 17 de octubre de 1967: “¿Cómo queremos que sean nuestros hijos? Queremos que sean como el Che”, y le dije: “¿Cómo queremos que sean nuestros profesores? Queremos que sean como usted, doctor De de la Isla”.

### ***Dr. Carlos J. Mc Cadden M.***

Estimado Dr. Arturo Fernández, Rector,

Estimado Dr. Alejandro Hernández, Vicerrector,

Estimado Mtro. José Ramón Benito, Director de la División de Estudios Generales y Estudios Internacionales,

Estimados Profesores del Departamento Académico de Estudios Generales,

Estimados profesores y alumnos del ITAM:

Después de escuchar a todos mis colegas, me resulta todavía más difícil lo que voy a decir.

Conocí a Carlos de la Isla en un momento muy importante en mi vida. Estaba yo inscrito en dos universidades, una de prestigio y la otra el ITAM. En ese momento, el ITAM era absolutamente desconocido, por lo menos para mí. Un amigo que estaba muy vinculado con la política mexicana de aquella época me decía: “Pero Carlos, allí estudió Miguel Mancera, allí estudió Gustavo Petricioli y mucha gente importante del gobierno”. La verdad es que yo estaba muy dubitativo y, por lo pronto, pagaba dos colegiaturas, porque quería saber a dónde ir. Entré a una clase, *Problemas de la Ciencia y la Técnica*, con Carlos de la Isla, y no solamente entré a clase con él, pues creo que como bien dijo el señor Rector, había por lo menos un triunvirato y muchas otras personas muy brillantes. Después de escucharlo me parecía que la colegiatura no podía alcanzar a pagar lo que yo estaba recibiendo de él. No obstante, ¡no le

## INSTAURACIÓN DEL AULA

entendía! Oía palabras absolutamente alejadas para mí: alienación, nihilismo, mayéutica socrática. Lo que sí percibía era una singular paradoja que yo no sabía resolver. El doctor De la Isla me hacía una invitación permanente a pertenecer a un grupo selecto: el de la humanidad, el de las personas humanas, pero lo sorprendente es que yo ya era ser humano, y por ello no entendía lo que me quería decir. Ese fue mi primer encuentro. Después, por diferentes motivos, estudié varias carreras, algunos me las reclaman, otros me felicitan. Soy economista, científico social, filósofo. Cuando iba a estudiar el doctorado a Suiza, el profesor De la Isla trabajó muy intensamente conmigo, desde dos años antes, y creo que a esto refería hace un momento el maestro Benito, pues desde dos años antes de irme a Suiza me di cuenta de que iba a necesitar lo que los alumnos suizos tienen desde preparatoria: latín y griego. Y durante dos años el doctor De la Isla me enseñó latín y durante un año griego. ¡Era muy riguroso! ¡Fue implacable! Me exigía de memoria las cosas. Me decía: “Carlos, la única manera de aprender latín es aprenderte los términos, la gramática y la sintaxis de memoria”.

100 Cuando me hicieron el examen de latín en Suiza y los profesores oyeron el ablativo absoluto: *Deo volente et hominibus non impidentibus ibimus Roma prossima estate*, se quedaron así como diciendo: “¿¿y este hombre de dónde?!” Pues sí, me tuve que aprender muchas frases para entender la sintaxis latina.

Regresé y fui colega del doctor De la Isla. Trabajamos juntos como profesores, y fue entonces cuando me enseñó a ser educador. No se ha dicho en este homenaje, pero sinceramente creo que hay que decir lo que está detrás: él es maestro de maestros; digamos, ese sería su oficio más natural. No solamente tuvo contacto con los alumnos, sino que tuvo constante contacto positivo con los profesores.

Luego, siguió el tiempo avanzando y lo tuve como jefe, y no fue fácil. Sin embargo, aprendí a obedecer; no soy bueno en eso. El profesor De la Isla me acompañó en mi adolescencia intelectual y me ayudó a ser realmente profesor del ITAM y a buscar el bien del Departamento. Pero otra cosa más importante, que voy a resumir con una frase socrática, me explicó con todo detalle, y eso es una cosa que ahora tengo que hacer

cada semestre como jefe del Departamento, y que consiste en explicarle a los profesores nuevos, y a veces a los antiguos, qué es lo que hacemos los profesores de Estudios Generales con esos seminarios, pláticas de café, que han sido descritas de mil maneras. Carlos de la Isla tiene muy claro lo que hacemos los profesores de Estudios Generales, él es un *μαιευτικός*. El verbo *μαieiύw* quiere decir en griego partear, ser partero. Y un *meyeuticós* es un perito en partos; un perito en el parto de las almas, como decía José Vasconcelos. El maestro de Estudios Generales debe ser un perito en el alumbramiento de las ideas de nuestros alumnos, porque solo si los alumnos dan a luz a sus propias ideas las van a defender como propias a lo largo de toda su vida. Los estudiantes deben entender que su vida depende de sus ideas, y sus ideas, si ellos mismos las engendraron, las van a cuidar. “Somos nuestras ideas”, decía Ortega y Gasset. Esta es la diferencia entre vivir y ser vivido; “ser vivido no es vivir”, nos decía Carlos de la Isla, repitiendo a Unamuno.

Mi cuarta experiencia con el doctor De la Isla ha sido tenerlo como dirigido, como subalterno, como profesor del Departamento en donde fui profesor, donde soy director. En esta función me enseñó cosas muy impresionantes: me enseñó a recibir consejos, me enseñó que la jefatura es un servicio, que tener poder no tiene sentido si no está para ayudar a todos los demás a crecer. Esto lo traduzco en mis términos de la siguiente manera: soy una parte de un rosal, me tocó ser las raíces, el tronquito y quizá las espinas. A los profesores les toca ser lo más difícil: las rosas. ¡Y yo los tengo que ayudar a florecer! ¡Debo cooperar con todo lo que pueda y cada profesor tiene que buscar florecer con todas sus fuerzas! Dicho de otra manera y con una sola frase: el doctor me enseñó lo que es ser un humano y a portar la dignidad de ser persona humana. Ese es el faro, esa es la luz.

No estoy haciendo una apología ingenua ni superficial de Carlos de la Isla. Conozco sus límites, los he vivido, pero creo que lo que me hace levantar la cara todos los días en el Departamento es *his desire to excel in humanity*. Perdón por decirlo en inglés y no en gaélico. Por cierto, aprovecho el momento para dar la bienvenida a su familia, aunque realmente los conozco poco, pues no tengo la suerte que tuvo el señor

## INSTAURACIÓN DEL AULA

Vicerrector. Los conozco poco pero siempre están ahí, porque son mencionados constantemente por don Carlos, el *paterfamilias*.

¿Qué es lo que desborda de esta concepción? El doctor De la Isla sabía que él es una persona humana y nos ha ayudado a tomar conciencia de ello. Lo aplicó a la universidad y por eso escribió artículos como “La universidad: conciencia crítica”. “La universidad —dice en ese texto— es el refugio de la razón y del pensamiento, de la libertad, de la verdad comprometida con la justicia.” Muchas veces nos dijo que la universidad no puede nada más ocuparse de la inteligencia; eso no puede ser una educación integral. Los seres humanos, si pretendemos ser libres, tenemos que educar también la voluntad, que es la otra facultad que nos hace realmente hombres completos. No se puede dejar fuera la *areté*, la virtud, la *paideia*. Hay que recordar que muchos líderes, incluso los más perversos, nos dice Carlos de la Isla, han tenido una trayectoria universitaria exitosa. Sin embargo, la sola educación científica y técnica puede emplearse en muchas direcciones y con fines diversos. ¡Nada más peligroso que ser un listo inmoral!

Otro texto que no dejo de repasar fue publicado en la revista *Estudios* de otoño de 2006 y se titula: “Estudios Generales, la universidad dentro del Tecnológico”. “La Universidad —dice ahí su autor— es la que aspira a construir sustancia de humanidad.” En otro texto, “La universidad y la responsabilidad social”, se pregunta: ¿por qué no se cumple con la misión de la universidad? Y entonces el doctor De la Isla anuncia y denuncia que una sociedad debe ser libre, justa y más humana, y se tiene que hacer cumplir con la justicia. Es menester hacer que los alumnos caigan en la cuenta de que son muy privilegiados por el solo hecho de ser estudiantes. Pero no pueden ser privilegiados al servicio de los privilegiados o de los más privilegiados. Hay que enseñar a los alumnos a defenderse. Ellos mismos tienen que defender su derecho a ser personas. Hoy ninguno debe entenderse a sí mismo nada más como técnico, sino que cada estudiante tiene que entenderse como persona. A Carlos de la Isla (se ha dicho muchas veces) le importan sus alumnos pero él deja una impronta en ellos. Los ayuda a entender, a entenderse, a tomar conciencia de su ser personas y, por medio de la crítica, los invita a no dejarse tratar como mercancías; no se pueden intercambiar los seres humanos.

Creo que soy la persona que más ha discutido en los últimos cinco años con el profesor De la Isla y he sido causante de que haya dado clases los últimos diez semestres. Cada semestre me decía: “Me voy”. Yo le respondía: “No”. Y él me explicaba por qué y yo también.

Tener una placa en el salón 208, doctor Carlos de la Isla, no es un impedimento para que usted siga dando clases. Realmente, es una invitación para seguir desempeñándose en tan noble trabajo.

Cada semestre tenía yo que inventar algo nuevo para que siguiera dando clases. Y la última negociación que entablé con él no me parecía diferente de las demás. Normalmente, él metía sus libros en cajas, desde hacía varios semestres tuvo libros en cajas, y cada vez, señalándolos me decía: “ahí están, ¡me voy!”. Le decía lo de siempre: “No doctor, no se puede ir”.

Sin embargo, esta última ocasión fue diferente. Yo le dije: “doctor De la Isla, tenemos que ver las encuestas que hacen los alumnos de las materias que imparte y, si le parece bien, cuando veamos que sus evaluaciones sufren ajuste a la baja o de alguna manera se vayan un poquito hacia abajo, yo mismo lo llevo a su casa”. Eso no sucedió. ¡Se fue antes!

### ***Dr. Carlos de la Isla***

Señoras y Señores:

Ese del que han hablado no soy yo. ¡Lo que falsifica el cariño, lo que inventa la cordialidad!

Profundamente emocionado, queridos compañeros, me siento en este momento obligado a callar, porque donde ya no se pueden expresar los pensamientos, ese es el momento del silencio. Creo que decía eso Heidegger pero también Wittgenstein.

Muchísimas, muchísimas gracias por toda su bondad. ¡Créanme que estoy profundamente emocionado y no sé si vaya a poder seguir hablando!

Al verlos esta mañana, ahí, cerca de la placa, me sentí conmovido, profundamente conmovido por la bondad, extraordinaria bondad de las autoridades. ¡Francamente no lo merezco! Soy un maestro de buena

## INSTAURACIÓN DEL AULA

voluntad que quiere participar de estos valores que el propio ITAM ha defendido.

Mi primera palabra hoy —que será la última en el ITAM— es la palabra que más veces he pronunciado en mi ya larga vida: GRACIAS, muchísimas gracias.

En primer lugar, gracias a Dios, y no lo digo como una simple expresión cultural, sino porque no podría explicar tantas cosas maravillosas que me han ocurrido en la vida si no es por su infinito poder y bondad. Gracias a mi amada familia, esposa, hijos y nietos, por haber sido tan buenos y porque sin su auxilio no hubiera podido profesar esta bendita profesión que en nobleza e importancia está un poco, muy poco por debajo de la paternidad natural.

Gracias a don Raúl y don Alberto Baillères, porque entendieron muy bien que la mejor manera de hacer un México mejor era la construcción de una gran institución educativa y edificaron esta casa que también ha sido mi casa durante más de cuarenta años.

Gracias a los dos señores rectores que gobernaron al ITAM durante todos estos años y que convirtieron aquel pequeño Instituto en esta gran universidad que es ahora. Un recuerdo lleno de afecto y admiración en honor de don Javier Beristain Iturbide y un reconocimiento y agradecimiento muy fuertes a este distinguido rector don Arturo Fernández que, entre otros méritos, cuenta con el de haberme sufrido como maestro en uno de los primeros cursos de su carrera.

Un agradecimiento muy especial para un maestro que ha realizado una labor inmensa, inteligente y muy meritoria en la vida del ITAM, sobre todo en la reestructuración, marcha firme y lúcida de un departamento que, sin duda, es un distintivo y uno de los mejores elementos educativos de esta casa de formación. Por supuesto, me refiero al maestro José Ramón Benito; y, como nadie, entre humanos, es perfecto, aparece en su *curriculum* una mancha oscura por haberme presionado para incorporarme al ITAM. Maestro Benito, usted conoce mi agradecimiento y admiración.

Gracias al que fue por muchos años mi superior inmediato, quien más que jefe ha sido un buen compañero, del que tengo como única queja el haberme presionado con métodos que estaban próximos a la violación de mis derechos humanos para seguir impartiendo mis cursos.

Gracias al doctor Rodolfo Vázquez por su extraordinaria actividad académica, universitaria en la docencia, en la investigación y seminarios, en sus publicaciones, por la creación de los Estudios Internacionales y la División de Estudios Generales e Internacionales, pero sobre todo por su amistad.

Agradezco con gran afecto y admiración a todos los que fueron mis colegas maestros. ¡Qué buenos maestros tiene el ITAM! Ciertamente, su prestigio y calidad en buena parte se debe a la calidad de sus maestros. Pienso que las autoridades están de acuerdo conmigo.

Muchas gracias a Rosalía Calzada por su excelente trabajo, por su permanente disponibilidad, atención y bondad, y por su enorme calidad humana.

Gracias a todas las personas de todos los servicios. Agradezco su modo alegre y eficiente de hacerlo todo.

Mi inmenso afecto y gratitud para los muchos miles de alumnos, todos queridos, todos magníficos, porque todos llegaban con ansias de saber, crecer y ser mejores, y porque sin ellos, sin ustedes, hubiese sido imposible el ejercicio de este maravilloso oficio magisterial.

Y ahora, permítanme una última reflexión universitaria.

Más de veinte años en la UNAM y más de cuarenta años en el ITAM me convierten en un hijo, absolutamente privilegiado, de esta gran institución que llamamos universidad, también llamada *alma mater*; alma y madre, y también “madre del alma”.

Qué privilegio que toda mi vida profesional haya sido parte de lo que llama Jaspers “recinto sagrado de la razón”, o según Sartre: “Universidad construida para hombres que saben dudar, cuestionar”, o “hecha para pensar los problemas del mundo y a nosotros en el mundo”, según Hutchins, o “la comunidad de maestros y alumnos que se reúnen para pensar”, según Newman, y que a mí me gusta definirla así: “conciencia crítica de la sociedad que es luz, proyecta luz, denuncia y anuncia”. Pienso que la universidad es la obra maestra de las creaciones humanas.

Por supuesto, me refiero a las universidades que reúnen estas cualidades y que se comprometen con la verdad, con la libertad, con la justicia, con la humanidad del hombre humano. Ciertamente, no me refiero

## INSTAURACIÓN DEL AULA

a esas escuelas que de universidades solo tienen el nombre y que solo por aumentar sus ganancias materiales desperdician y destruyen la infinita riqueza intelectual y creadora de millones de jóvenes mexicanos. Dueños y autoridades de estas escuelas deben considerarse delincuentes.

Urge en México una buena, muy buena educación. Muchas y muy buenas universidades que dejen de ponerse a la venta en busca de intereses mercantiles y cumplan con su gran responsabilidad de ser la conciencia crítica de la sociedad, que dejen de repetir y reproducir las teorías y sistemas que, en buena parte, han generado esta estructura perversa que favorece la riqueza obscena de muy pocos y sacrifican hasta la muerte a millones de dignísimas personas.

Ya es hora de que todos los políticos y economistas del mundo abandonen la mentira del derrame que nunca derrama y de la mano invisible que no se hace visible a los hambrientos y a los condenados de la tierra.

Ya es hora de que los hombres de grandes negocios, que los más serios políticos y los más lúcidos universitarios de México se reúnan en permanente concilio, en conclave, para inventar medios y acciones que acaben con la vergüenza para México de ser uno de los países con mayores diferencias sociales, con mayor injusticia social.

Y que no salgan del conclave hasta que encuentren una solución para dar trabajo a los desempleados, salarios justos a los explotados y vivienda a los desamparados. ¿Cómo no van a poder inventar algunos de los más ricos de México empresas, industrias que los hagan más ricos, pero que beneficien a los hermanos más necesitados?

Se dirá que esto es una utopía, pero quiero recordar que utopías mucho más utópicas han tenido su cumplimiento: la unión de las Alemanias, el fin de la Unión Soviética, el Mandela de Sudáfrica, la llegada del PAN a Los Pinos y muchísimas otras.

Que las universidades dejen de ponerse a la venta en busca de intereses mercantiles y cumplan su gran responsabilidad de ser la conciencia crítica de la sociedad.

Que las universidades dejen de repetir y reproducir las teorías y sistemas que en buena parte han construido esta estructura perversa que

favorece la riqueza obscena de muy pocos y sacrifica hasta la muerte a millones de dignísimas personas.

Que los economistas de todo el mundo acepten que el mercado libertino se convierte en asesino y que inviertan sus inmensos talentos en inventar un sistema que acabe con la vergüenza y maldición para México de ser uno de los países con mayor injusticia social con varios de los ricos más ricos del mundo junto a muchos millones de pobres, extremadamente pobres e indigentes. ¡Qué empleen sus talentos brillantes para acabar con la maldición de ese humillante salario mínimo y con el desamparo de los desempleados que tienen como únicas opciones la limosna y la muerte!

¿Cómo es posible que México, este país tan grande, rico y maravilloso, tenga a tantos de sus hijos humillados y ofendidos?

Que los grandes talentos universitarios inventen un sistema político que acabe con los privilegios, vergüenza y fraudes amparados por el fuero y con las leyes que sugieren y promulgan para defenderse.

Que la auténtica universidad que debe ser luz y proyectar luz se involucre mucho más en la construcción de un México mejor, mucho mejor.

Que la universidad se proponga el cultivo y desarrollo de hombres de gran calidad humana.

Durante más de veinte años en que he impartido la materia de *Ética* siempre comencé diciendo: esta es la materia más importante de todas las materias, de todas las carreras porque la ética es la reflexión para el cultivo y crecimiento de personas, de hombres y mujeres que amen la verdad, que sienten pasión por la justicia, por la libertad, por el amor, por la defensa de la dignidad de los hombres y mujeres del mundo entero. Solo un ejército de personas de este tamaño podrá hacer un mundo mejor.

En estos largos años de reflexión sobre los problemas de México y el mundo, he visto crecer y avanzar en forma arrolladora al imperialismo internacional del dinero. Este es el cáncer de esta sociedad: preferir el dinero a las personas y usar a las personas para producir dinero. ¡Qué maldición, preferir el dinero a la infinita dignidad de las personas! Muchas, innumerables veces he citado en mis clases las palabras de Iñaki Ellacuría: “Un sistema que pone el dinero por encima

de las personas y que usa a las personas al servicio del dinero, solo por ese hecho es intrínsecamente perverso”.

Ojalá los buenos universitarios del mundo se conviertan en activistas, defensores de la dignidad de las personas.

Durante todos estos años (más de sesenta) de docencia, procuré cultivar en los estudiantes los grandes amores de la pedagogía universitaria. El amor a la verdad que genera el gozo de la verdad y que conduce al deseo insaciable de saber. Este es el quehacer esencial de la universidad: *compromiso con la verdad*. El amor a la justicia que conduce a atacar ese cáncer de nuestra sociedad. ¿Cómo es posible que México siga teniendo algunos de los ricos más ricos del mundo y al mismo tiempo, muchos de los pobres más pobres del mundo? ¿Por qué el desempleo y ese ofensivo salario mínimo, por qué el desamparo de los trabajadores, por qué el hambre y la falta de un cuarto con techo y con cama?

¿Cómo es posible que en el mundo se sigan gastando más de un trillón de dólares en armas para matar y que sigan muriendo de hambre millones de dignísimas personas?

¿Y qué decir de los miles de migrantes sepultados en el mar por la perversión de gobernantes y grupos que prefieren el dinero a los seres humanos y que hasta matan al prójimo en nombre de Dios?

Y que no se diga que no es posible una sociedad más justa e igualitaria. En Suecia se están cerrando las cárceles, porque hay muy pocos delitos donde hay mucha equidad y respeto a la dignidad de las personas.

Es falso que se haya acabado la esclavitud en el mundo. Nunca han existido tantos millones de esclavos como ahora: esclavos de la necesidad que aceptan jornadas de trabajo de diez y doce horas por un dólar; esclavos de la droga del poder que engendra a los tiranos, a los maestros déspotas y autoritarios, a los dictadores criminales. Esclavos de las drogas que desgraciadamente aumentan en número y dependencia. ¡Ojalá todos los maestros del ITAM sigan educando a sus alumnos en la libertad, que sigan defendiendo su independencia, su señorío, que demuestren a todos sus alumnos que lo que pierden de libertad lo pierden de dignidad!

Amor a la vida, al milagro de la vida, en este mundo que se ha aliado con la muerte por crímenes, guerras, suicidios. ¡No hay nada más maravilloso que una vida maravillosa! Amor a la paz, pero no la paz del terror, ni la paz de las guerras, ni la paz de los sepulcros, sino la paz fruto de la justicia.

Amor al amor, porque los que propagan el odio generan la muerte. Este mundo debe cultivar muchísimas hectáreas del verdadero amor.

Amor a la tierra, a esta maravillosa tierra, a nuestra madre tierra que tanto golpeamos y destruimos.

Deseo con firme esperanza que el ITAM siga formando profesionistas de gran calidad humana, que sean capaces de generar una sociedad más igualitaria, una política que procure la felicidad de los ciudadanos, una educación que alimente y vivifique los valores del espíritu y que fomente la invención, la creación, porque es urgente inventar y promover un México mejor. En estos tiempos de incertidumbre sobre la filosofía educativa espero que el ITAM afirme su convicción sobre la necesidad de los Estudios Generales, es decir, la necesidad de afirmar la humanidad, porque siempre será más importante el ser que el quehacer y esto no significa que se desprecie la importancia del quehacer porque siempre será cierto que lo que hacemos depende de lo que somos.

¡Qué bueno que hay un gran número de egresados de esta gran institución en importantes cargos públicos y también privados! ¡Qué bueno que el ITAM ya está construyendo un México mejor!

Isaiah Berlin, al final de sus días, solía decir: “Siglo cruel me ha tocado vivir”. Yo puedo decir lo mismo, pero también puedo decir que existen como nunca excelentes personas y medios para hacer un mundo mejor, un México mejor.

Gracias ITAM. Si volviera a nacer no dudaría en elegir la que me parece la mejor de las profesiones y me esforzaría por tener los méritos para poder ser profesor de esta gran institución.

*A 9 de diciembre de 2016*

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.